

GERARDO DIEGO Y EL TALLER DE ANICA LA LANERA

PEDRO SOLER

Corría el año de 1.963, cuando una maestra que ejercía en Sorbas (M^a del Mar Fornoví) los meses que duraba el curso escolar se hospedaba en casa de Anica la Lanera. M^a del Mar, la secretaria de uno de los poetas más significativos de la generación del 27, Gerardo Diego, era amiga suya. Por tal circunstancia, el poeta visitó Sorbas durante dos fines de semanas. Anduvo por nuestras calles, y alguna foto se hizo en las encaladas paredes y en sus callejones. Por aquel entonces, aún no se habían cometido en el pueblo ninguno de los atropellos urbanísticos que se hicieron posteriormente,

y el poeta al pasear las calles del pueblo: las intrincadas e irregulares que anteceden al poyo de la Deá, las empinadas de la Torreta, los aleros de los tejados en el barrio de Las Cruces, tan al alcance de la mano entonces. Quedó prendado y embebido de las encaladas esquinas, la transparencia del aire, y la atrevida revuelta del poyo de los muertos con la hoz de la rambla al fondo abrigando el peculiar barrio de las alfarerías. No perdieron sus ojos tampoco, la observación del desigual juego en la inclinación de los tejados, y las blancas chimeneas sobre el verdoso antiguo de la teja árabe. Todo era una sinfonía singular y única, que el tiempo y sus personajes habían preservado. ¡Ay la modernidad y el progreso! ¿Qué oscura fuerza nos impide preservar ciertas formas y cosas, que en nada desdican ni estorban al avance de los tiempos?

El que esto escribe, tuvo posteriormente la oportunidad de hablar en varias ocasiones con Gerardo Diego, y en todas ellas su recuerdo de Sorbas y su peculiar emplazamiento, le llevaron al elogio y al



Ana Mañas García de las Bayonas (la Lanera) junto a Gerardo Diego y Rosalía Fdez. Amador

recuerdo de nuestro pueblo. Tal vez, por su permanente estado de salud, que era delicado, su trato era serio y algo distante. Aún así recordaba con gracejo una anécdota culinaria que le ocurrió en Sorbas; un día, para agasajarlo le hicieron unas migas, y la encargada de su ejecución fue la Tía Anica la Genara. Gerardo Diego, a la vista de un plato con tanto fundamento y tropezones pensó que su delicado estómago no lo soportaría. Tímidamente y guardando las distancias así lo dio a entender. Ante ello, la Tía Anica, a quien continuamente habían de corregir porque llamaba al poeta "Don Geranio" en vez de Don Gerardo, le preparó una sopa con verduras que con más propiedad reconfortó el estómago del poeta.

Otro gran poeta almeriense, que me honró con su amistad; José Miguel Naveros, en varias ocasiones me llevó en Madrid al café donde

Gerardo Diego solía pasar algunas veladas vespertinas, y desde donde se contemplaba el trasiego de la Puerta del Sol. Siempre recordó que yo era de Sorbas, y siempre me preguntó sobre el pueblo y su gente. La última vez que le vi, fue una fría noche del Invierno de Madrid, en la calle de La Santísima Trinidad. Salía yo de casa de unos amigos donde había cenado, y al irrumpir en la acera inesperadamente, cegué sus pasos que pararon en seco. Con el abrigo cerrado hasta el cuello, la boina calada, y guantes protegiendo sus manos, casi se tropieza conmigo. Le reconocí al instante, y él paró en seco su escasa y escaúalida figura, y con

cara de pocos amigos observó al individuo que casi le doblaba en volumen e interrumpía la dirección de sus pasos. Cuando me di a conocer, tuvo la gentileza de sacarse un guante y saludarme amablemente. Ya aliviado del susto que le hube proporcionado, aceptó mi invitación, y entramos a un café que frente a nosotros invitaba a tomar algo caliente.

El poeta ya andaba metido en muchos años y con la salud delicada, pero en aquellos momentos, mientras tomaba un café descafeinado, me dijo que tenía la esperanza de acabar unos versos que tenía pergeñados sobre su estancia en Sorbas, y que de vez en cuando le aparecían como fantasmas. Estuvimos hablando sobre el taller de costura que había en la casa de Anica, donde él estuvo, y se interesó por la condición de las modistillas y costureras, que eran el alma

y la algarabía del callejón. Aquel encuentro, por lo intempestivo del tiempo y de la hora fue breve, aunque agradable. Nos despedimos en la puerta del bar, y unos meses después murió. Recordé entonces aquella extraordinaria generación que llamaron del 27, literatos y hombres del arte: Buñuel, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Dalí etc. Que Junto con Gerardo Diego y otros, dieron fama a aquella Residencia de Estudiantes que los cobijó.

En uno de aquellos encuentros del café de la Puerta del Sol, se interesó por la amistad entre José Miguel y yo, le preguntó a éste si había estado en Sorbas, y José Miguel, en uno de sus ataques de genio le dijo que: "Por ese pueblo no pondré los pies mientras pastoree almas el sujeto que se dedica a tal menester". Después que José Miguel Naveros explicase la historia que le impedía visitar Sorbas, seguimos hablando del pueblo. Me extrañó que siempre me preguntase por el taller de Anica la Lanera, y no por otras cuestiones del pueblo. Tal vez fuese la forma de iniciar un diálogo entre dos personas que apenas se conocían. Se quedó sorprendido por la propiedad, y el conocimiento con que hablaba del taller y de quienes allí cosían. Hube de aclararle que tal conocimiento no era casual, ya que por aquel entonces andaba yo con fe y entusiasmo en el nacimiento de los primeros amores, y que causa de ellos era una modistilla que cosía en aquel taller. Por lo que mis vacaciones me las pasaba en el patio o en el interior, según fuesen aquellas en Invierno o en Verano. Allí me enteré yo de lo que era un pespunte,



Diego de Eugenio, Rosa Amador (niña), Anita Clemente (sentada), Rita Clemente, María de la venta de Juan tranquilo (al lado sentada), hacia 1957

hilvanar unos patrones, o marcar una sisa.

Anica enviudó muy joven, y siendo su hija Rosa aún muy pequeña. Su carácter alegre, su interés porque las chicas que cosían en el taller no sólo aprendieran costura, sino también aquellas cosas, formas y costumbres que distinguían a una señorita de quien no lo era, para que una vez despuntasen a la juventud, sus ademanes y formas les colocasen en condición ventajosa para noviar debidamente.

Anica era (es) esencialmente, una mujer alegre, educada, y con su natural optimismo, han sido de siempre las notas predominantes de su carácter. Siempre estaba dispuesta a colaborar en todo aquello



Anica la lanera y alguna de sus "oficialas" hacia 1956

que supusiese una fiesta o muestra de alegría que rompiese aquella monotonía. Especial recuerdo tengo de ello cuando una noche de reyes, a ella y a su hermana María, se les ocurrió que improvisásemos una cabalgata de reyes. Corrían las primeras horas de la tarde y no había tiempo material para prepararla, pero en el propósito de que aquello fuese un secreto, empezamos a movernos: ¿Quiénes serían los reyes? ¿Dónde nos agenciaríamos

al menos tres burros o mulos para hacer más propio aquello? ¿De qué guisa nos vestiríamos? No recuerdo exactamente quién nos dejó los tres jumentos, que se guardaron en la Venta de Juan Tranquilo, de donde habíamos de salir. Mi pariente Luis le costó aceptar ser el rey negro (Baltasar), pero Rafael López que quería ser un rey blanco hizo gala de toda su prosapia, y logró convencerlo con aquello de que el rey negro era el más importante, ya que era quien le daba el sentido más universal a aquella caravana y el mensaje más cosmopolita de toda la historia. Al final, aunque no muy convencido, Luis aceptó, tal vez por el agotamiento verbal a que se vio sometido por Rafael. Así, la caravana quedó compuesta; Rafael sería Melchor, yo Gaspar y Luis, Baltasar. Como los dos reyes blancos llevaban barba y la piel del mismo tono, sólo era cuestión de elegir. Anica, su hermana María y algunas modistillas se pusieron manos a la obra, anduvieron arreglando túnicas y capas de semana santa, recortando en cartones coronas para los reyes, montando con algodón barbas y cabelleras, buscando y componiendo atrezos, para que aquella caravana saliese con la mayor enjundia posible. Entrada ya la noche, y pasada la hora de la cena, los

tres reyes y sus pajes (que de todo hubo) salimos de la venta subidos en nuestros jumentos, estos llevaban cada uno sus aguaderas, con la intención de llenarlas de juguetes y repartirlos entre los niños que aquella noche pudiesen carecer de ellos. No hace falta decir la sorpresa de la gente, cuando vio de improviso aparecer aquella caravana. Todos se sumaron a ella, y en llegando a la plaza nos hicieron subir al balcón del Ayuntamiento para desde allí saludar a la gente. En aquel balcón hubo un conato de enfrentamiento por cuestión de protagonismo; Rafael se propuso decir unas palabras, pero dado su carácter y la entonación etílica que llevaba, quisimos hacerle desistir del empeño. Luis a su vez, decía que: al ser el rey negro tenía prioridad para hacer el discurso, por aquello de la universalidad y el cosmopolitismo que antes le había dicho Rafael, y sin más, se puso a improvisarlo, con los intentos de Rafael por impedirlo, y míos porque no se lo impidiera. Luis pronunció unas palabras muy propias, y a pesar de trabarse en ocasiones, merecieron el aplauso de sus paisanos. Cuando bajamos para proseguir nuestra marcha, nos encontramos con las aguaderas de los burros casi llenas de juguetes. Recuerdo el entusiasmo de Pepe Angulo con aquella iniciativa, a la que aportó de su tienda cantidad de juguetes, iniciativa a la que se sumaron después muchos otros, con generosidad y alegría.

Seguidos por gran cantidad de gente, emprendimos el reparto de juguetes por el pueblo. No pudo empezar ésta con mejor aceptación; Subimos a la Torre, y nada más llegar a la casa de Juan Latas y llamar a la puerta abrió la mujer. La sorpresa fue mayúscula cuando nos vio, y le dijimos nuestras intenciones. Llamó a su hombre diciendo:

-¡Juan son los reyes!

Juan salió como un pasmo, y al vernos cogió a su mujer del brazo y mirándola le dijo:

-¿Qué dices... reyees? ¡¡Son Emperaores!!

Muchas otras anécdotas se podrían relatar de aquella noche, pero como no son el motivo de éstas paginas, digamos que, con tal ambiente y floreo, prosiguió aquella caravana de reyes improvisada, y que gracias al taller de Anica la Lanera y sus modistillas se pudo llevar a cabo.

Es una pena que Gerardo Diego



Ana Mañas García de las Bayonas (la Lanera) junto a Gerardo Diego y Rosalía Fernández Amador

muriese sin haber dado a la luz los versos que sobre Sorbas tenía esbozados. De haber sido así, no es difícil pensar que figurarían en casi todas las efemérides del pueblo, y que por ello, alguna calle, o el callejón que da al patio de Anica la Lanera, estaría dedicado al poeta.

Ya sabemos, cuan alto lleva un poeta el objeto soñado, o qué le motivan los encendidos versos, cuando la metáfora es sometida al ímpetu creativo. ¿Con qué, o con quién compararía los atrevidos cortados del Afa o del Zocá? ¿Las estrechas calles o las sinuosas pendientes? ¿El descarado ventanuco que rompe el encalado paredón? ¿Dónde situaría el limpio aire, o las transparentes mañanas del Invierno? Fuese como fuese, de todo ello sería causa el taller de Anica la Lanera, que sin duda alguna, hubiese sido uno de los ejes centrales del poema. Podemos suponer que, en tales versos, Sorbas, por su

altura y posición podría ser el Olimpo, y las sencillas y alegres modistillas fuesen las vestales que tejían y confeccionaban las túnicas de los dioses. Si eso se pudiese soñar así, estoy seguro de que muchos procuraríamos ser dioses, y Anica la Lanera y sus vestales andarían haciendo coronas para los poetas, túnicas para los dioses y antorchas para los atletas.

Cierto es, que sería mucho pensar, y mucho más pedir a un poeta que no sea de la tierra, que Sorbas le despierte semejantes sueños y simbolismos. Pero obras inmortales hay por ahí que fueron más osadas, y aún se propusieron metas más atrevidas. Sabemos, como Don Quijote vio míticos gigantes, donde sólo había viejos molinos de grano, y puso en pedestales líricos a Dulcinea, moza ventera que por muy sana y rolliza que fuese, no gozaba de la alcurnia, ni las ensoñaciones que su caballero le atribuía. Y así, podríamos encontrar interminables citas en la mitología, en la historia, y en el arte de componer versos.

No es otro el motivo de ésta historia que, Anica la Lanera fue la anfitriona de uno de los grandes poetas de la generación del 27, y que de haber estado allí en día laborables, y no en fines de semana, Gerardo Diego hubiese vivido el trasiego y la algarabía de las modistillas, el ajetreo de Anica repartiendo las labores, y aleccionando a sus niñas para que adoptasen los ademanes que eran los propios de las señoritas de buena condición. Toda aquella vitalidad, la juventud, el canturreo de inocentes letrillas, y los inesperados silencios, que hacían de aquel patio soleado un aljibe de alegría, en aquellos tiempos de añoranzas, novenarios, y primeros Viernes de mes. No es aventurado pensar, que tales cosas, habrían despertado en el poeta los inevitables versos, que seguramente ahora gozarían de alguna lápida conmemorativa, en la puerta, o en el patio de Anica la Lanera.